



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## DOCUMENTO 20

### Las fuerzas armadas

Dirigiéndose a los señores diputados, Bulnes discurre en su ánimo acostumbrado, acerca de la necesidad de ampliar el cuerpo militar. Enumera las fuerzas armadas de varios países, comparándolas con las mexicanas, y finaliza asegurando su apoyo moral y económico para levantar la fuerza militar y salvar así nuestra nacionalidad.

## En pro del incremento de las fuerzas armadas\*

Señores diputados:

Está perjudicando al debate la falta de método parlamentario. El señor Melgarejo hizo la indicación que no debíamos haber olvidado; el dictamen debe ser discutido primero en lo general y luego en lo particular y las observaciones que hasta ahora han hecho los señores Torres Torija, Alvaradejo y Fenchio pertenecen a la discusión en lo particular. La discusión en lo general debe comprender un pensamiento que abrace la filosofía del dictamen. Se piden catorce millones de pesos: ¿para qué?; para aumentar la fuerza armada de la República. ¿Debe aumentarse esta fuerza hasta donde lo indican las Comisiones Unidas? Es el segundo punto elemental del pensamiento que debe regir la discusión en lo general, y como tercer punto aparece la consulta del dinero suficiente para satisfacer el aumento de la fuerza armada.

En estos momentos vemos que el Estado de Sinaloa presenta el aspecto de un rajahlato de la India. En el río Yaquí ha habido según anuncia la prensa, pronunciamientos que nada tienen de democráticos, pues pertenecen al género de la reivindicación de razas, de la reivindicación contra la propiedad, de la reivindicación religiosa, de la reivindicación de la barbarie contra la paz y el trabajo nacionales. En Chiapas aparece otro fenómeno de perturbación profundamente lamentable; una lucha que llamaré cacical, bordada en rencillas de dos ciudades como en la Italia del siglo XV; pero en vez de tener los combatientes combinada su crueldad con las cualidades artísticas de los italianos, presentan todos sus odios extendidos en la ferocidad chamula. (risas) La prensa ha publicado que en Juchitán fue asesinado un médico empeñado en establecer hospitales y ejercer desinteresadamente la caridad, amparado por la túnica invulnerable de la Cruz Blanca; al licenciado Sandoval los indios lo unieron de petróleo y le prendieron fuego; en tan salvaje región la lucha no es democrática, sino al parecer totalmente caribe. En el mismo Estado de Oaxaca, el señor ingeniero Ogarrio ha proclamado el programa socialista agrario con reglas alemanas tomadas de los libros de Lasalle. En Yucatán persiste una guerra de razas, de caciques poetas y al mismo tiempo de burócratas desalmados. Además, tenemos el zapatismo y, como dijo muy bien el señor Lozano, Zapata, no es un simple bandido; es un problema terrible planteado en el Sur por la raza indígena mezclada con la zamba, porque la población de Morelos en su gran mayoría es cruzada de negro e indio; y las ideas y los sentimientos de esta temible subespecie humana, soplan como huracán en el espíritu rudo,

\* Publicado originalmente en *El Imparcial*, 18 de noviembre de 1911. *Páginas escogidas*, pp. 115-129.

misterioso y sombrío de los indígenas de los Estados de México, Puebla, Oaxaca y Guerrero. En esa gran región, la más poblada de la República, el alimento revolucionario es anarquista y en la cúspide de tan siniestros ideales, Zapata figura como una especie de Juan de Leyden, el profeta de los anabaptistas, o como un Mahde, caudillo de la emancipación del gobierno federal, del desmembramiento político y social y de la región ardientemente amada del saqueo. En Torreón aparece el movimiento revolucionario sellado con las doctrinas socialistas del siglo XX, y es probable que los huelguistas emprendan dentro de pocas horas la terrible tarea del sabotaje. Por último, el general Reyes viene de los Estados Unidos a poner su grano de arena en la paz nacional, trayéndonos una especie de resurrección del militarismo santanista de 1853.

### **Hasta la anarquía se “anarquiza”\***

La República es seriamente desgraciada, porque parece que entre nosotros hasta la anarquía se anarquiza; no tenemos en nuestro convulsismo revolucionario siquiera uniformidad de pasiones, uniformidad de aspiraciones, uniformidad de ensueños, uniformidad de doctrinas, ni uniformidad de crímenes, en cuanto a que todos se encuentren dentro de una misma época; parece que nuestro cuerpo está sujeto a todas las enfermedades que han existido y que existen, porque aparecen en él podredumbres asiáticas, manchas de púrpura, úlceras de lepra africana, sífilis de prostitución americana, llagas de cánceres europeos, petequias tíficas de toda clase de delirios pavorosos; en fin aparecen todos los gérmenes de disolución pertenecientes a todas las épocas y pretendiendo desarrollarse simultáneamente en nuestro triste momento actual histórico.

¿De dónde viene nuestra grave morbosidad presente? De nuestra infección cerebral; infección que mató a la dictadura y que puede también matar todo lo vital de la Revolución. El general Díaz creyó que se podían gobernar los países latinos sin bayonetas, y en lo que acaba de decir el señor Fenochio respecto del señor Madero, completa razón le concedo; el señor Madero ha dicho varias veces: “habiendo dado libertad al pueblo, no necesito, ni necesitaré del apoyo de las bayonetas”; el señor Madero ha creído, pues, que se puede gobernar con arengas pueblos latinos, que no tienen las condiciones para gobernarse a sí mismos como los pueblos sajones. Pero el argumento del señor Fenochio sólo prueba que el señor Madero se ha equivocado, como se equivocó Victoria, como se equivocó Guerrero, como se equivocó Herrera, como se equivocaron Arista, Comonfort, Juárez, Lerdo de Tejada y el general Díaz; como se han equivocado todos los grandes patriotas ilusos, que nos han querido llevar al progreso por el esfuerzo de sus visiones y sentimientos, mirando

\* Este y los demás títulos intercalados en texto, son de la Redacción de *El Imparcial*.

atónitos el porvenir en su imaginación, sin voltear nunca la cara para encontrarse con la historia, ni extender las manos para saber lo que se siente cuando se tocan los hielos de la realidad. (*Aplausos.*)

## Hecho sin excepción

Lo que acabo de decir respecto de los países latinos, es un hecho que no admite excepción en Europa ni en América. El actual Presidente de Francia no es impopular, no existe en esa nación tiranía, ni asiatismo, ni africanismo, ni caciquismo. Hay una República casi puramente democrática, y sin embargo, de que se cuente que en ese país gobierna la soberana voluntad del pueblo, si se suprimiera el ejército de 600,000 hombres reduciéndolo en proporción de su población al que tenemos en México, es decir, a 60,000 hombres, no duraría sesenta horas la sociedad francesa, comenzando la destrucción por su gobierno; todo el régimen social sería inmediatamente destrozado por los radicalistas, los socialistas y los 300,000 sindicalistas del terrible C. Pataud. El rey de España tampoco es impopular, pero si quitamos de su ejército 75,000 hombres de los 100,000 que lo sostienen en pie de paz, dejándole solamente 25,000 soldados para igualarlo en fuerza militar con México, el rey, la monarquía y la sociedad española se desplomarían en el caos trepidante abierto por los movimientos volcánicos de los poderosos elementos de destrucción que amenazan a la nación española y que rebelan con escándalo, precisamente por hallarse deficientemente comprimidos. En Portugal, con 5,000,000 de habitantes, hay necesidad de sostener como ejército permanente a 42,000 soldados, no para apuntalar con sus bayonetas a la casa de Braganza, derruida hasta el polvo en la conciencia popular, no únicamente para oponerlos a la reacción monárquica, sino para hacer posible el miserable y trágico gobierno de los más entusiastas revolucionarios. En Bélgica, que es nación donde se practican desde hace largo tiempo las más sublimes libertades, donde hay riqueza y brillante civilización, donde el pueblo es indiscutiblemente el soberano, y donde el gobierno emana limpiamente del pueblo, hay necesidad de sostener en pie de paz 37,000 hombres que fácilmente pueden aumentarse a 165,000 con el objeto de poner a raya a los verdaderos dueños de la voluntad del pueblo en el mundo latino, o sea a los agitadores que disponen de las masas con la facilidad con que disponen de sus miradas para rebelar sus iras. En América, la República Argentina, nación libre y próspera, necesita para sus seis millones de habitantes 18,000 soldados pudiendo elevarlos en dos meses a 100,000. En Brasil 50,000 hombres se encuentran siempre armados para defender el orden social contra la voluntad del pueblo, dispuesto siempre al suicidio, al llamamiento tétrico de sus agitadores. De esos 50,000 hombres, 30,000 corresponden al Ejército Federal y 20,000 a los Estados; puede decirse que en Europa latina no es posible sostener la libertad en compañía del orden sin un gran número de bayonetas y que en los más adelantados países latinoamericanos, cuando están en paz, libres, sonrientes, desarrollando su trabajo y su libertad, necesitan para sostener su alegría, cuando menos un soldado pa-

ra cada 300 habitantes. México, con 15,000,000 de habitantes, para sostener el estado de paz, en épocas normales y felices y en vista de la aptitud de las masas populares gravitantes siempre hacia el abismo a que las lanzan sus dueños los demagogos, le son indispensables, por lo menos, 50,000 hombres, 30,000 federales y 20,000 de tropas regulares de los Estados, tituladas Guardias Nacionales. Veamos cuál ha sido la evolución militar en la República Mexicana bajo el dominio de la facción liberal.

## La reducción del ejército

Cuando triunfó la República de 1867, aparecieron vencedores 60,000 soldados de línea y 40,000 guerrilleros, la mayor parte de ellos, ciertamente, bandidos. (Risas.) El Congreso impregnado de jacobinismo y en pleno vértigo por el sacudimiento de sus ilusiones de bibliotecas, dijo lo que ha dicho el señor Madero censurado por el señor Fenochio: “un país de ciudadanos llenos de virtudes como nosotros, civilizados, capaces de gobernarse a sí mismos, iluminados por la fe en la democracia, resistentes a toda prueba contra la maldad, no necesita de bayonetas para gobernarse, y, en consecuencia, el Ejército debe reducirse a 16,000 hombres mientras se organizan las Guardias Nacionales, pues el sueño del ciudadano pacífico sólo debe ser velado por la valentía del ciudadano armado”. Comenzó la reducción de heroicos guerreros y había llegado a presentar el Ejército permanente sólo 24,000 hombres, cuando todas las tropas regulares e irregulares licenciadas formaban legiones de facinerosos y se arrojaron sobre la sociedad para deshacerla, después de haberla salvado de la intervención francesa que ultrajaba su independencia. El jacobinismo, fiel a su doctrina, rígido en su actitud irreal, intransigente con todo lo razonable, hizo lo que hoy sigue haciendo, rehusarse a que la ley exterminara a los bandidos; quiso que la vida de los asesinos fuera respetada, porque debía perecer no solamente una sociedad, sino entero el género humano, antes que el menor principio del más ínfimo de sus dogmas. Y bien, fue necesario que don Benito Juárez, para salvar a la sociedad resueltamente masticada por el bandolerismo, inventase la ley fuga que se ha practicado cuarenta años. (*Aplausos.*)

En 1880, el general Díaz sostuvo un ejército federal de 38,000 hombres y 20,000 en los Estados de ejércitos feudales, más bien que guardias nacionales. En 1884 (yo fui en esa época, durante tres años, presidente de la Comisión de Presupuestos), se sostuvieron 25,000 hombres de Ejército Federal y 12,000 hombres llamados Fuerzas Auxiliares de la Federación, que en realidad pertenecían al Ejército Federal. Sumados 37,000 hombres y 22,000 que había en los Estados, hacían un conjunto de cerca de 60,000 hombres. Así fue como en ese tejido de bayonetas colocaron los generales Díaz y González la cuna de nuestra célebre paz de 34 años. Cuando el general Díaz volvió al poder en 1884, cuando los ferrocarriles desarrollaron la riqueza nacional, cuando se hizo creer a todo el mundo que nuestro progreso material llenaba de oro y deli-

cias a todas las clases sociales, el general Díaz creyó que eran inútiles las bayonetas y empezó la disminución del ejército, para formar, con los ahorros militares, las nobles reservas del tesoro público, pero cuando las clases populares sintieron que la decantada riqueza del país a ellas no llegaba, escucharon atónitas las palabras revolucionarias del señor Madero que encrespaban mágicamente la brutal sensualidad popular. No se preocuparon las masas por el principio de no reelección, cuya trascendencia desconocían, ni por el principio de sufragio efectivo, que en el terreno federal les parecía inútil y digno, sobre todo a las masas rurales, de confundirlo con la basura; pero entendieron sus verdaderas necesidades, entendieron sus sufrimientos, entendieron, en su rudeza, las promesas de nuevos evangelios, entendieron en sus resentimientos los ósculos de todas las imágenes de la venganza, entendieron el sermón de la montaña, recitado a tiempo y aprendido de memoria por todos los agitadores; el caos social les pareció el diseño de un templo y llegaron a pensar sin arte y sin literatura, con todos los adornos y colgajos de su analfabetismo, que era llegada la hora de las reivindicaciones y que si la sociedad no se prestaba a la nueva forma de permanente incendio, permanente saqueo y permanente bestialidad, valía más que todos perecieran.

## **El problema fundamental**

Triunfó la revolución elevando al señor Madero, y era de esperarse que sus prohombres hubieran comprendido cuál era el problema fundamental de la nueva situación, que, como hemos visto, tenía que ser el de la fuerza armada con poder suficiente para cumplir con las exigencias de paz de los países latinos, cuyas entrañas se contraen siempre por movimientos revolucionarios. En el antiguo régimen, el rey era una expresión de la divinidad, pero desde el momento en que los pueblos han dejado de creer en el derecho divino, la reacción nos ha sobrecogido y en las razas latinas se nota el odio a la obediencia, el odio a ser dirigido, el odio a la ley, al mismo tiempo, las multitudes buscan por todas partes cualquier tirano a quién obedecer. Ya se ha dicho bastante que el español es extremista y que no puede manifestarse más que como servil o como tirano o como déspota.

Pregunto ahora a nuestros pretendidos e inflamados demócratas: ¿Si la nación mexicana, con 15,000,000 de habitantes y en plena y sólida paz, necesitaría, para inspirarse confianza a sí misma y al extranjero, 50,000 hombres de fuerza armada, sostenida por la Federación y por los Estados; es posible admitir que con 20,000 federales y 4,000 hombres de policía, con mal armamento y sin educación militar, que existen en el conjunto de los Estados, podamos dominar las olas de anarquía que por todas partes se levantan amenazando tragar no solamente el Estado político, sino también el social, envolviendo la muerte de nuestra nacionalidad? Es evidente que nuestro actual problema no puede resolverse con soflamas jacobinos que proponen substituir al Ejército,

su lealtad, su valor y su disciplina con arengas de vociferadores de club; pero hay una cosa muy grave: el general Díaz, al desenvolver su política centralizadora y sin que yo crea que fuese un profundo crítico en achaques de sociología clásica romana, determinó cambiar la forma peligrosa de la dictadura pretoriana, quiso y logró substituir su imperio militar por el imperio burocrático, para lo cual fue substituyendo a los militares gobernadores de los Estados por abogados pacíficos, legistas serenos, ambiciosos, moderados, tímidos, bonachones, burgueses egoístas, profundamente olientes a poca cosa; en una palabra, el general Díaz concibió reemplazar a sus precónsules vigorosos, guerreros y escandalosamente amenazantes para los egoísmos de su ambición, por personas enteramente inofensivas hasta para los más humildes criminales del orden común, siempre que no se tratase de periodistas o de desafectos al divino orden de cosas. Cuando la revolución estalló, los gobernadores de los Estados se encontraron sin ejército, sin Guardias Nacionales, sin armamento, sin espíritu militar en su gobierno, sin virilidad, sin ánimo de combatir, excepto en tres o cuatro Estados, gobernados por políticos que supieron exponer su vida en cumplimiento de su deber, pero sin que pudieran hacer mucho, porque la dictadura, para suprimir probabilidades de pronunciamientos, había quitado a los Estados las armas mortíferas y hasta los clavos. (*Risas.*)

### **Debilidad militar y debilidad moral**

Si el general Díaz al ejecutar su maduro plan de estricta centralización hubiera substituido las fuerzas de los Estados con federales y elevado el ejército nacional a cincuenta o sesenta mil hombres, si hubiera hecho una ley de reclutamiento, si hubiera, en una palabra, creído que era un dictador que nunca podía contar con la conciencia de un pueblo que había pasado su vida condenando las dictaduras, si hubiera conocido la naturaleza de la impresión que su gobierno causaba, en vez de creer seriamente que era el ídolo de todo el pueblo mexicano, hubiera caído como gladiador, puesto que el empuje nacional era irresistible; pero la lucha habría sido verdaderamente encarnizada, dando lugar a que la misma revolución formara la aristocracia que debe regir a toda democracia orgánica. La debilidad militar del gobierno del general Díaz fue igual a su debilidad moral. La revolución triunfó con el señor Madero a la cabeza, seis u ocho profesionistas refugiados en los Estados Unidos, debilmente conspiradores, con un puñado de jefes de guerrillas, un tropel ruidoso de demagogos, hábiles en el arte de la agitación, y una gran masa de chusmas armadas y desarmadas. Faltando a la revolución su elemento aristocrático, el necesario para fundar el nuevo gobierno, faltándole el elemento conservador, represor de elemento revolucionario indefinido, ha resuelto que cuando los vencedores han querido gobernar, se han encontrado con que no era posible, porque la mayor parte de los jefes de chusmas, los desconocían, desde el momento en que la revolución convertida en gobierno, desconocía los atentados y desde el instante en que los agitadores se sintieron desairados o reprendidos, porque su agitación no podía ser obra de gobierno.

## Los dos elementos

Toda revolución debe contener dos elementos: el conservador y el radical; los dos son indudablemente útiles si coexisten y siempre que el elemento conservador sea más vigoroso que el radical; pero se va al desastre si solamente el elemento radical es formidable, prestigiado e ilimitado en sus pretensiones. En el elemento radical figuran siempre en primer lugar los fanáticos políticos, violentos, dogmáticos, crueles por el iluminismo, intransigentes como la substancia divina para no mezclarse con la humana. No admiten del pasado más que su muerte, no consideran lícito siquiera su recuerdo, no creen que se puede ir adelante sin comenzar de nuevo la historia de la humanidad; se debe pasar rápida y totalmente de lo supremo imperfecto a lo perfecto; la nueva era debe ser la de los hombres nuevos, la de las nuevas instituciones, la de las nuevas virtudes, la de las nuevas religiones, la de las nuevas costumbres, y en su concepto esto no puede conseguirse más que alimentando a la sociedad moderna con las cenizas de las Sodomas y Gomorras, calcinadas por el fuego del cielo que no puede ser más que las almas irritadas y chispeantes de los caudillos revolucionarios. (*Voces en las curules: ¡Muy bien! Aplausos en las galerías.*)

Formando siempre el elemento radical vienen después los incomprendidos con importante cargamento de ofensas que vengar, vienen saturados de odio, cristalizados sus sentimientos en terror, salpicados por las toxinas de todas las morbosidades, lívidos moralmente por falta de virtudes, sarnosos por erupción de sus cóleras, impotentes: poetas fracasados, jurisperitos sin consulta, periodistas sin editor, oradores de silbido de víbora, viciosos con patente de comisaría, neurasténicos con todas las fobias contra la decencia, morfínomanos, alcohólicos, marihuanos, cocainómanos, nulidades machacadas por atroces y groseras decepciones, ambiciosos sin mérito roídos hasta la osamenta por el desdén de sus contemporáneos, y envidiosos casi sin médula por la mielitis de su amor propio de pavos con olor de cuervos. (*Aplausos.*) Agregada y siempre formando el elemento radical de toda revolución, aparece la falange extremadamente lóbrega de los amigos de los días de prueba, compuesta de personas que habiendo prestado algunos servicios insignificantes a la revolución, reclaman a la hora del triunfo reinos para su codicia, vírgenes para su lujuria, esclavos para su tiranía y pretenden rellenar con alientos despóticos las interminables cavernas de su nulidad. Me refiero a esos héroes que se hacen pagar muy caros sus servicios de revolucionarios y de los que habla el señor Madero en su libro *La sucesión presidencial*. La revolución debe su triunfo a esos hombres y la Patria su existencia; por consiguiente todo es suyo, comenzando por los empleos públicos para sí mismos, para sus parientes, para sus amigos, para sus protegidos, para sus lenones. Interpretan el triunfo revolucionario como cascada de medros personales agotantes para la Nación hasta hacerla bagazo de miseria. El pueblo está destinado a ser el esclavo de ese gran patriotismo de rapiña. (*Aplausos.*)



## **El Estado, asilo de beneficencia**

Después aparecen los hambrientos, legión inmensa, fatídica y grasosa, con aspecto de población de hospital, que considera al Estado como asilo de beneficencia (*risas*), a la Patria como un jamón (*risas*), a los principios como listas de restaurante, a la política como el arte del canibalismo burocrático. Esta terrible falange forma en todas las manifestaciones, vota en todos los clubs, lame todas las consignas, se arrodilla ante todos los altares, se revuelca en todos los lodos, pretende consumir de un bocado todas las preparaciones culinarias del servilismo; quiere comer en todos los platos, beber en todas las copas, embriagarse en todas las tabernas, acostarse en todas las camas, roncar sobre todas las almohadas, cebarse en todas las oficinas públicas; representa al patriotismo de colmillo, de pereza, de pancismo, de empleomania ilimitada y de expansión indefinida de las partidas del presupuesto. (*Aplausos*.)

Viene después el gremio estudiantil ahogado en ilusiones, sugestionado por los libros, aturrido por sus profesores grandes, medianos o insignificantes, que ahora se quieren nobilizar e inmortalizar. El gremio estudiantil elevado ha aprendido que el Cosmos lo rige una ley de evolución, ha aprendido también que esa ley de evolución rige particularmente para las especies animales, vegetales y minerales, que rige para los astros, para la atmósfera, para la sociedad, para todo; y una vez que dicho gremio estudiantil se ha amparado de la gran verdad de evolución, no cree que pueda haberla en la política y acepta sin vacilar que se pueda saltar de la gran imperfección del gobierno pintado por las oposiciones a la perfección ideal de los paraísos religiosos; aceptan las doctrinas darwinistas, afirman que la celdilla, tomando el desarrollo animal, ha terminado en el hombre y que debe seguir evolucionando hasta presentar especies sucesivamente superiores; aceptan que la celdilla vegetal termine en el roble multitud de veces centenario, aceptan que la evolución siempre es lenta, al grado de que la especie humana la deduce por medio de razonamiento de sus superioridades, pero que el vulgo no las siente; mas cuando se trata de política, creen que un insecto puede tener por hijo a un hombre, y como lo ha creído también el señor Fenichio, afirman que una dictadura de treinta años, fecundada por una revolución de aspiraciones justas y, más que todo, de aspiraciones insensatas o vandálicas, pueda dar en el parto correcta y madura democracia.

## **Contra el ídolo**

Todos los elementos radicales se reúnen a la hora del triunfo en turba demente desenfrenada, demagógica, crispada por pasiones extrañas, y tan imponente masa por sus estrépitos; se arroja contra el ídolo popular que gotea angustia y que se encuentra casi comatoso por las exigencias de sus partidarios: ¿Qué es lo que se le pide actualmente al señor Madero? Que gobierne con la locura

de los innovadores, con las pesadillas de los fanáticos, con los terremotos de los reformistas, con los delirios bibliófilos del gremio estudiantil, con el lunch eterno de los burócratas, con el impudor, la codicia, la lujuria y la prostitución de los amigos de los días de prueba, con las necesidades de los periodistas sin ciencia, con los patíbulo de los crueles y los refinamientos de tremenda maldad de los vengativos; se le pide, en una palabra, que haga la vida con lo que mate, que haga la grandeza con lo que degrade, que haga la dignidad con lo que ensucia, que haga la patria con lo que la deshonra, la desquicia y la abisma; se le pide, en fin, que la revolución sea siempre la revolución, pues la ley horroriza, la justicia produce asco, el orden molesta y el derecho debe ser la omnipotencia del crimen. Pues bien, hemos llegado al momento en que el señor Madero se encuentra con todos sus acreedores como espectros, presentándole al mismo tiempo los numerosos giros a favor de todas las pasiones que derramó en la nación durante sus memorables jiras políticas; uno pide corazones para su puñal, otros templos para sus bombas de dinamita, otro carne y hueso para llenar sus ollas, otro oro para llenar sus costales, otro pide víctimas innumerables con las convulsiones de su alma negra, anhelante de venganzas, y este hombre, a quien también se le pide honor para la nación, alimentos para el pueblo, trabajo para las masas, garantías para los capitales, crédito para su gobierno, esperanzas para el porvenir, sólo puede responder con su valor personal, con su probidad, con su buena fe, con su valor civil, con su patriotismo indiscutible, pero también casi con su soledad, porque su triunfo mientras más brillante ha sido, más lo ha rodeado de enemigos poderosos e implacables. Pero ahora, señores, el señor Madero no es ya un apóstol, ni un revolucionario, ni un candidato discutido y discutible, sino algo que debemos respetar y ayudar; en este momento el señor Madero es el signo de la patria. (*Aplausos y voces: ¡Muy bien!*)

## La dictadura

Como ya lo dije, a la revolución le ha faltado el elemento conservador, y ya hubiera fracasado, con sus hombres, su ruido, sus triunfos y sus principios, si ese elemento conservador no se hubiera encontrado en el gobierno interino, del que nosotros hemos formado parte; hemos vivido, es cierto, bajo la dictadura, haciéndola también vivir, sin avergonzarnos, porque la dictadura fue función fisiológica del organismo nacional, del mismo modo que la revolución fue crisis saludable que hacía reaccionar al mismo organismo cuando ya el régimen que había sido salvador había entrado en su periodo de decadencia. Para representar el indispensable elemento conservador que reclama la vida de la revolución en su transformación gubernamental, poseemos la serenidad de los estudios, la costumbre de obedecer a leyes de nuestro modo de ser, en vez de deformarnos, pretendiendo atacar leyes extrañas y hostiles a nuestra naturaleza; poseemos la práctica de treinta y cuatro años de tocar la realidad, poseemos la resignación para toda disciplina moral e intelectual, poseemos la

forma de patriotismo que busca la libertad como hija de la prosperidad económica; y, en cambio, frente a nosotros la revolución ha sido civilizada, ha sido magnánima; ha sido, en sus altas esferas, serena y conciliadora; ni por un momento ha querido entregarse a venganzas, ni levantar patíbulos, ni abrir cárceles, ni proceder a confiscaciones, ni lanzarse a persecuciones injustificadas; ha sido generosa hasta dejarse insultar por la pasión y el rencor de algunos de sus vencidos al día siguiente de su triunfo; y cuando el caudillo revolucionario se ha sentado ya en la silla presidencial y se dirige a nosotros como a elemento conservador natural por el desenvolvimiento de los hechos, para que le ayudemos a fortificar los beneficios de la revolución, no cabe ni puede caber en nuestro patriotismo negarle todo el apoyo que merece la alta investidura que sin duda alguna le ha dado el pueblo mexicano de manera indiscutible para todos aquellos que no están cegados por odio salvaje. Debemos darle el apoyo que nos pide el señor Madero, porque es también el que quiere la sociedad, el que se nos exige por el grito de desesperación que sale de muchos lugares de la República, donde los pueblos gimen oprimidos y sacrificados por obra del vandalismo, que parece interminable y de intensidad indefinida. Contesto al señor Torres Torija, que en cuanto a dinero, hay suficiente para levantar la fuerza armada necesaria para la pacificación del país; pero si no lo hubiera, deberíamos gastar hasta el último centavo de las reservas, y el mejor uso que podamos hacer de ellas, es salvar nuestra nacionalidad cuando es tiempo y cuando hay facilidad de hacerlo; mas si reserva del tesoro no hubiese, deberíamos todos los mexicanos que queremos conservar nuestra civilización y nuestra Patria, dárselo todo al gobierno para conseguir la paz. (*Voces en las curules: muy bien; muy bien; aplausos.*)